

Reseñas

Domingo Plácido, Miriam Valdés, Fernando Echeverría y M^a Yolanda Montes. (Eds.) *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo.* UCM, Editorial Complutense, Madrid 2006, 488 pp.

ALEJANDRO VILLALOBOS MARTÍNEZ
Universidad San Sebastián

La obra que reseñamos recoge las actas de la IV Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo, patrocinada por el Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, desarrollada el año 2004, y que tuvo la particularidad de reunir a investigadores jóvenes del mundo griego arcaico hasta la época romana. Este libro nos permite adentrarnos en la antigüedad griega desde la perspectiva de la ciudadanía, redefiniendo algunas conceptualizaciones en torno a ella, y aproximando los ideales del ciudadano y de la polis a nuevas miradas historiográficas.

Sin duda, este texto es riquísimo en reflexiones, y resume notablemente el progreso de las investigaciones historiográficas en el campo de la reconstrucción de las identidades griegas en las últimas décadas. En él se encuentran reinterpretados los conceptos de ciudadanía y etnicidad en su dimensión real y en el mundo imaginario, esenciales para entender los procesos de cambios en las sociedades. Una de las virtudes que posee esta compilación de artículos es la amplitud cronológica de su estudio, lo que a priori dispersaría el acercamiento al tema, no obstante, creemos que proporciona una visión de conjunto de una realidad cambiante, permitiendo la recreación de una parte de la identidad griega en diferentes periodos, donde no sólo se desarrollan los temas clásicos de política y guerra, sino que se incorporan aspectos culturales, sociales y ciudadanos que permiten reconstruir una imagen de la identidad del griego y sus actuales estudios.

Los autores auscultan, como eje de esta reconstrucción historiográfica de la ciudadanía, a la Polis. Esta es vista y analizada como clave en los procesos de conformación e integración de los diversos tejidos sociales que estructuran la idea de ciudadanía. Así, la polis arcaica y clásica es estudiada, en diferentes capítulos, como una variable que: articula la religión y las funciones ciudadanas; es la que posee centros urbanos, la que da vida a un cuerpo de ciudadanos e instituciones políticas de carácter primario, representativo o electivo, y es la que domina un territorio que le es propio, sólo limitado por una serie de líneas fronterizas; por lo tanto, esta polis no sólo debe ser estudiada y comprendida como una ciudad estado-independiente. Si bien es cierto este libro, en sus XXVIII capítulos, analiza trasversal y holísticamente la idea de polis, me permito destacar a dos, especialmente por su profundidad y buen tratamiento de las fuentes. El primero de ellos, titulado "Transformaciones culturales en el panteón griego derivadas de la aparición de ciudadanía". El Caso de Hera, por M^a Elena Rodríguez Ten, de la Universidad Complutense de Madrid, quien luego de análisis e interpretaciones de variadas fuentes históricas y literarias, concluye que el surgimiento de la polis no sólo significó reestructuraciones del poder político, sino también propició cambios transversales, influyendo en las prácticas religiosas y culturales representadas en las figuras de la diosa Hera, quien en época homérica tuvo un lugar privilegiado en el panteón, pero que luego de las nuevas formas de organización social y los nuevos cultos panhelénicos fue dejada de lado por la élite. Dicha religiosidad sufrió modificaciones, adoptando un rol más relacionado con su condición femenina, que por su posición en el panteón como esposa de Zeus, pasando a ser directamente una divinidad protectora de la mujer en su faceta de esposa. El segundo artículo, referido a la polis como eje de la construcción de identidades, es titulado "La Pólis aristotélica y la res publica ciceroniana: estudio comparativo", escrito por Pedro López de Quiroga, de la Universidad de Santiago de Compostela. En este estudio se presenta un análisis comparativo entre las polis griegas y el estado romano, tomando como eje de las interpretaciones las ideas y planteamientos de Aristóteles para el mundo griego, y Cicerón para los romanos. Las diferencias entre la concepción Ciceroniana y Aristotélica de la polis-ciudad resultan pues evidentes, pero no deben oscurecer la conciencia esencial. En Grecia como en Roma, la ciudad, la comunidad política, la integran los ciudadanos, vinculados entre sí por una ley común, donde dichos ciudadanos no son súbditos de ningún monarca que se haya apoderado de la soberanía, siendo legislador y juez a la vez. La exigencia de participación, mayor o menor, decisiva o simbólica, resulta consustancial a la polis tanto como a la civitas. La república ideal imaginada por Cicerón así lo reconoce permitiendo, desde la reforma

de Servio Tulio, el voto de todos los ciudadanos, hasta los más pobres, aunque arbitrando medios para que, en determinados casos, su voto sea irrelevante.

De esta forma, el eje de este libro es la construcción de la idea de polis, que necesariamente deriva a la construcción de la idea de ciudadano, siendo esta otra problemática muy bien abordada por esta obra, entendiéndose que el ideal de ciudadano es el que permite la reconstrucción de la identidad y ciudadanía griega. Por lo tanto, la catalogación de un individuo como ciudadano era muy relevante, por lo que ser ciudadano en el mundo griego no sólo implicaba ser varón, adulto, libre y miembro del cuerpo cívico de la polis. Era condición indispensable para su ingreso en la organización política, la aceptación por parte del resto de los ciudadanos de que dicho hombre era igual a ellos. Dicho reconocimiento se producía con la exposición pública de diversos documentos con listas de ciudadanos o de futuros ciudadanos, sobre soporte pétreo en santuarios, los que acreditaban tal distinción, para que personas que ya fueran ciudadanos pudieran reconocer a sus nuevos miembros, todo ello en el marco de una polis determinada.

Así, una visión de síntesis comparada, entre ciudad y ciudadano, es la que realiza uno de los editores de esta obra, Domingo Plácido de la Universidad Complutense, en el capítulo titulado "La ciudadanía como Basileia", quien presenta la tesis de cómo la polis genera espacios de formación de la identidad griega clásica; por ejemplo, a través de los Juegos, donde las pruebas de reconocimiento ciudadano se efectúan en gimnasios, donde los jóvenes, los efebos, se inician a la vida ciudadana y a la vida militar, siendo estos gimnasios un espacio de transición entre la ideología heroica y cívica, donde se asimila el mundo heroico a la ideología aristocrática de la ciudad-estado; la nobleza compite a escala panhelénica, la competición permitía el acceso a una posición privilegiada dentro del grupo.

Respecto a esta identificación del ciudadano, rescatamos dos capítulos que sobresalen por lo global de los contenidos, la fluidez, variedad y profundidad en el tratamiento de las fuentes, y por la mirada historiográfica revisionista de la política panhelénica. El primero se titula "Ciudadano versus político en el imaginario Ateniense del siglo IV", por Laura Sancho Rocher, de la Universidad de Zaragoza, quien indaga en qué medida existía una ciudadanía activa, particularmente Atenas. Valora el nivel de preparación de los ciudadanos activos, y reflexiona sobre el papel del político como dirigente en la asamblea, también del ciudadano común, como individuo racional y libre. Frente a esta aparente contradicción, la democracia se justificaba por la deliberación y ésta, a su vez, consistía en la exposición y contraste de diversas opiniones, en aras de encontrar la mejor solución para cada problema. Protágoras fundamentaba este supuesto en el principio de que todos los ciudadanos estaban preocupados por idéntica exigencia de adquirir la "virtud política", aunque sea en un grado básico, por ende, públicamente líderes y oradores buscan el bien común con honestidad, así, los ciudadanos que escuchan y votan poseerán juicio suficiente y capacidad de valorar con acierto. En resumen, la virtud política se asocia a la libertad del ideal isegórico, donde prestación militar y asistencia económica son los dos modos más frecuentes de manifestarse como ciudadano útil a la ciudad. La democratización de la vida política en Atenas afectó profundamente al concepto de ciudadanía. Desde que la democracia fue una realidad y una práctica regular, ser ciudadano resultó un concepto de elevados contenidos políticos. Nos preguntamos si ¿no existirá contradicción entre el ciudadano y el político? Ser ciudadano, ¿necesariamente implicaba una práctica regular? A la luz de la exposición desarrollada, podríamos concluir que ser un ciudadano demócrata, idealmente tendría que ser íntegro y reflexivo, justo y competente. El segundo artículo que sobresale por el tratamiento y crítica de fuentes es titulado "Del Megarón al Pritaneo: el hogar y la comensalidad en la construcción ideológica de la ciudadanía en la Grecia antigua", por Fco. Javier González García, quien estudia la identidad del ciudadano griego a partir del surgimiento de la polis. Este autor, proporciona una novedosa concepción del espacio griego, desde la cotidianidad del hogar, considerado el principal de todos los espacios entre la comunidad, pero no el hogar central de todos ellos. Así, La polis resulta ser un espacio geométrico y equilibrado, organizado a partir de un centro, el hogar común (Hestia Koiné), definido como el centro del espacio político, del espacio comunitario instalado, a su vez en el centro de la ciudad en el ágora, la plaza en la que los miembros de la comunidad se reúnen. Como centro, el hogar público representa a todos los hogares sin ser ninguno en particular, todos se encuentran a igual distancia de él, expresando por tanto, la simetría de la comunidad. Trata este autor de explicar el origen de la ciudad-estado griega a través de una serie de prácticas sociales que han servido como elemento de agrupación de grupos prepolíticos griegos y que siguieron siendo utilizadas como refuerzo para la unión del grupo ciudadano. Quizás la práctica más relevante es el acto de comer juntos los ciudadanos, La comensalidad es uno de los factores, junto al parentesco que establecen redes sociales entre grandes grupos gentilicios y la amistad ritual. El acto de comer juntos es un acto social que jugó un rol importante en la polis griega, tanto entre los grupos familiares como en el ámbito público que son los que ayu-

dan a construir una compleja organización social, lo que a la postre es la esencia de la ciudad griega. En síntesis, la tesis de González García apunta a mostrar que existe una continuidad funcional entre el hogar del palacio y el hogar común de todos los griegos, la polis.

En síntesis, esta obra es riquísima en intercambios e interpretaciones, destacando los usos de variadas fuentes literarias, estudios históricos, epigrafía, arqueología o iconografía, que en su conjunto permiten adentrarse en la construcción de la identidad griega, pero bajo ningún punto de vista son interpretaciones absolutistas, sino más bien, promueven nuevos debates e investigaciones, dejando de manifiesto el valor de los clásicos y sus enseñanzas en el mundo contemporáneo.

Alejandro Witker. *O'Higgins, cultura y nación. Repertorio para el Bicentenario.* Chillán, 2006.

ARMANDO CARTES MONTORY
Universidad de Concepción

Un debate permanente, entre los historiadores, es la importancia del hombre, del sujeto individual, en el desarrollo de los acontecimientos históricos. Sostienen unos que el individuo es, cuando más, el mero encauzador de poderosas fuerzas subyacentes, que de todas maneras están destinadas a expresarse. Otros, en cambio, sitúan en el sujeto, el "héroe", con sus pasiones y sus circunstancias, el eje de la Historia. La verdad, por supuesto, como las virtudes, hay que buscarla en el equilibrio de ambos extremos.

Cualquiera sea nuestra apreciación sobre el punto, resulta muy difícil concebir la emancipación chilena y la temprana organización de la República sin la figura señera de Bernardo O'Higgins. Su accionar público, con la espada del soldado o el cetro del gobernante, se proyecta luminoso sobre los años fundacionales de la República. Se inicia en las postrimerías de la Colonia y no terminará sino cuando Chile alcanza su plena independencia.

Ignorantes de sus hechos heroicos y singulares, sería difícil, en verdad, imaginar un arquetipo más peculiar para el Padre de la Patria. Se trata, nada menos, que del hijo del Virrey del Perú, la autoridad más alta de la Monarquía en esta región de América. Llamado, por lo mismo, a recibir honores y fortuna, por su ilegítima cuna sólo obtendrá el desprecio de la aristocracia santiaguina. Era pelirrojo, "una cabeza de irlandés en cuerpo criollo" al decir de Campos Harriet. Pasó, entre la educación y el exilio, la mitad de su existencia fuera del país. Vivirá, en su juventud, muchas privaciones, mas llegará a ser el hombre más rico de Chile, para luego perderlo todo.

Tal era el hombre que nos dio la libertad. Que arriesgó la vida, perdió su fortuna y antepuso a su felicidad la causa de la patria. La complejidad psicológica del prócer, derivada de sus tristes circunstancias íntimas, lo humanizan y despiertan la simpatía de quienes se adentran en su vida. Las mismas circunstancias motivan a la reflexión y provocan arduas incógnitas: ¿Si otras hubieren sido sus circunstancias personales, habría sido otra su conducta? ¿Y si el talento de O'Higgins hubiera estado al servicio de las armas del Rey, habría sido nuestra emancipación todavía más larga y más sangrienta? Por sus vinculaciones personales y sus intereses comerciales, no podría habersele reprochado por ello, ¿habríamos caído en la anarquía y el desgobierno, como nuestros vecinos? En dilucidar estas y otras cuestiones se ha empeñado, durante un siglo y medio, una pléyade de autores nacionales y extranjeros.

En este punto es imperioso reconocer algunos elementos del legado civilista y republicano del Libertador. La fortaleza de las instituciones, elemento diferenciador de Chile en el contexto regional, como bien apunta el autor, encuentra su origen en la labor fundacional de O'Higgins y Portales. Formado en los ideales de Francisco de Miranda, "instaló en Chile un círculo virtuoso de aprendizaje político, creando una institucionalidad estable, cuyos efectos económicos fueron ampliamente positivos", opina el estudioso belga Christian Ghymers. Esto explicaría la singularidad chilena y su éxito en el siglo XIX.

Bernardo O'Higgins fue consecuentemente republicano, aun más que San Martín o Bolívar. Se opuso siempre a instaurar regímenes monárquicos. Era una progresista en lo social, imbuido de ideales democráticos, que tuvo que postergar, apremiado por las circunstancias del momento y el nivel de desarrollo político y cultural del país. Guiado por su pasión republicana, dio importantes pasos para crear en Chile un Estado moderno. Terminó con la venta de cargos, mejoró la seguridad pública y creó el Tribunal de Cuentas. Estableció —hallándose en Talcahuano— la Legión al Mérito, eliminó títulos nobiliarios, protegió la educación y promovió la industria.